



Los Profetas bíblicos

CURSO BÍBLICO – AÑO PASTORAL 2023-2024

PROFETAS BÍBLICOS Y LIBROS PROFÉTICOS¹

«El Señor me dirigió la palabra: "Antes de formarte en el vientre te elegí, antes de salir del seno materno te consagré y te nombré profeta de los paganos". Yo repuse: "¡Ay, Señor mío! Mira que no sé hablar, que soy un muchacho". El Señor me contestó: "No digas que eres un muchacho: que a donde yo te envíe, irás; lo que yo te mande, lo dirás. No les tengas miedo, que yo estoy contigo para librarte, oráculo del Señor". El Señor extendió la mano, me tocó la boca y me dijo: "Mira, yo pongo mis palabras en tu boca, hoy te establezco sobre pueblos y reyes, para arrancar y arrasar, destruir y demoler, edificar y plantar"» (Jeremías 1,4-10).

Premisa

Recordando lo que decimos en la primera lección de este curso, en la Biblia, al profeta se le llama con más frecuencia **nabî'** que significa "convocado", "llamado a hablar". Otras veces se llama *hōzeh* o *ro'eh*, que significa "vidente".

El profeta es anunciador de la palabra de Dios, pero también mediador e intercesor, es guía y maestro, suele intervenir como acusador de infidelidad al Señor y a menudo como oponente de la violencia y la codicia, es regularmente un defensor de los débiles y un promotor de la justicia. La misión del profeta se basa en un don carismático que, a diferencia del sacerdocio judío, no se transmite de padres a hijos.

Los profetas o videntes se encuentran en la época de los patriarcas, en la época de los jueces y de los primeros reyes, en el período pre-exílico, a partir del siglo VIII, y en el post-exilio, hasta el siglo III. Se puede recordar la presencia y el papel de los profetas en los principales períodos de la historia de Israel.

Profetas anteriores y posteriores

La Biblia hebrea distingue los libros de los profetas "anteriores" de los de los profetas "posteriores".

La denominación "profetas anteriores" se refiere a obras historiográficas que "contienen narraciones esporádicas sobre algunos profetas, tradicionalmente llamados "oradores", porque no figuraban como "autores" de ningún libro.

Estos son los libros de Josué, Jueces, 1-2 Samuel y 1-2 Reyes, que presentan la historia de Israel desde la conquista de la tierra prometida hasta la pérdida de la independencia de Judea con el exilio babilónico. En ellos predomina una visión teológica deuteronomista. Los editores de estos libros probablemente se encontraban en la diáspora en Babilonia, como sugiere la conclusión de 2 Reyes 25,21, donde se menciona la deportación de los habitantes de Judá a tierra babilónica. La insistencia en la observancia de la Torá Mosaica tiene como objetivo alentar a los judíos exiliados a preservar su identidad religiosa fuera de la tierra prometida.

¹El texto de referencia de esta sección es G. Cavallotto, *Il grido dei Profeti*. Parole senza tempo, Ed. San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 2023

Los libros de los “profetas posteriores” llevan en cambio los nombres de los profetas a quienes la tradición ha atribuido esos textos.

Cada libro presenta una colección, convenientemente ordenada, de narraciones y oráculos atribuidos al profeta y posteriormente reunidos, ordenados y actualizados por los editores.

Estos libros proféticos, que retoman importantes tradiciones de Israel, tienen como objetivo “subrayar el monoteísmo, distanciarse de la idolatría y el sincretismo, instar al abandono del culto formal y a superar la injusticia social, para ayudar a Israel a redescubrir su identidad como país”, pueblo elegido y la centralidad de la alianza.

Los profetas “posteriores” de la Biblia hebrea encuentran su lugar, con algunas adiciones, en la Biblia cristiana bajo el título de libros proféticos, que reúnen a los llamados “profetas mayores” (Isaías, Jeremías, Ezequiel, a quienes se añade el texto de Lamentaciones, los libros de Baruc y Daniel), y los llamados “profetas “menores”” (Doce, desde Oseas hasta Malaquías).

El mensaje de cada Profeta no es atemporal, sino que hace referencia a la situación política, social y religiosa de sus destinatarios.

Es útil aquí recordar a todos los profetas “escritores”, presentándolos en orden cronológico con referencias esenciales a su contexto y a su mensaje.

Las referencias histórico-cronológicas relativas a cada profeta son aproximadas, con al menos dos limitaciones:

- por un lado, debido a la escasa y a veces contradictoria información, no siempre es fácil establecer la ubicación temporal exacta de su predicación;
- por otro lado, la principal fuente de información es el propio libro profético que, habiendo sufrido revisiones y ampliaciones a lo largo del tiempo, no siempre ofrece referencias fiables sobre su autor.

Dado que el acontecimiento central de la historia de Israel en estos siglos es la destrucción de Jerusalén y su templo, las intervenciones de los profetas pueden entenderse mejor si se distribuye su ubicación temporal en tres períodos:

- antes del exilio;
- durante el asedio de Jerusalén y luego en el exilio;
- tras el regreso de los deportados y la era del post-exilio.

Profetas anteriores al exilio

A lo largo de casi dos siglos, aproximadamente del 780 al 600, la Biblia recuerda la presencia de ocho profetas presentes en los reinos del norte y del sur. La figura más eminente es la de Isaías.

Los dos primeros profetas operan en el reino del norte. En primer lugar, **Amós**, un campesino y pastor que venía de Tekòa, no lejos de Belén. Inició su actividad profética en el santuario de Betel y desempeñó su servicio durante un período no especificado entre 770 y 750.

Unos quince años después nos encontramos con **Oseas**, natural de Samaria y procedente del mundo campesino. Desarrolló su actividad entre los años 750 y 725.

Ambos profetas llevaron a cabo su predicación bajo Jeroboam II (783-743), rey de Israel. Para el reino del norte fueron años de relativa paz y bienestar económico, gracias sobre todo al comercio y la industria textil.

La prosperidad económica de unos pocos, sin embargo, fue igualada por la pobreza de muchos: crecimiento de la desigualdad social, explotación de los débiles, fraude comercial, injusticia en los tribunales. Todo esto estuvo acompañado de un grave empobrecimiento religioso.

Amós, en particular, denunció no sólo la corrupción, la injusticia, la explotación de los pobres, el lujo de los ricos, sino también el culto vacío e inútil, donde los sacrificios y los holocaustos se mezclaban con las fechorías y la injusticia.

A su vez, Oseas, refiriéndose a las traiciones de su esposa Gomer, condenó la infidelidad del pueblo con su alejamiento de Dios, sus cultos idólatras y sus conductas ilícitas.

En el reino del sur, primero encontramos a **Isaías**, el profeta más representativo e influyente, que pertenecía a la élite educada de Jerusalén. Desarrolló su actividad profética en Jerusalén durante unos cuarenta años, del 740 al 700, bajo reinado de Jotam (740-736), Acaz (736-716) y Ezequías (716-687).

Generalmente los exégetas consideran que los principales oráculos del profeta encuentran eco sobre todo en el "primer libro de Isaías, cc. 1-39"; otro en los cc. 1-33².

Durante el reinado de Jotam, la tierra experimentó un período de relativa prosperidad. Bajo Acaz estalló la crisis siro-efraimita. En 734, para contrarrestar el avance de la coalición del rey de Damasco e Israel, Acaz pidió ayuda a Asiria. La intervención del ejército asirio salvó a Jerusalén, pero fue una verdadera desgracia para Judea: el país se empobreció debido a la gran contribución pagada a Asiria, perdió la independencia total y quedó sometido a la influencia de la religión de los conquistadores. El pequeño reino de Judá, además de las heridas por la devastación sufrida, perdió parte de sus territorios. Esto llevó a un empobrecimiento real del país y a una creciente brecha entre ricos y pobres.

En sus oráculos, Isaías denunció la corrupción moral, la explotación de los pobres, la deshonestidad de los jueces, se opuso al sincretismo y rechazó el culto formal, anunció el castigo de Asiria.

Promotor de la fe como dependencia únicamente de Dios, se mostró contrario a las alianzas político-militares con Asiria y Egipto. Se dirigió al pueblo con palabras, pero también con momentos de silencio, a veces con acciones simbólicas, como cuando caminó por la ciudad durante tres años desnudo y descalzo (cf. Is 20). Llamó con fuerza la infidelidad de Jerusalén y de Judá con el canto de la viña, que Dios había cultivado y cuidado y que ahora reducirá a desierto (cf. Is 5,1-7).

Casi contemporáneo de Isaías es **Miqueas**, quien vino de Moreset, una ciudad del suroeste de Judea. Desarrolló su actividad en un período comprendido entre 740 y 700. Fue un período de turbulencias políticas, de concentración de la riqueza en manos de unos pocos, de difusión de prácticas paganas, confirmadas por la construcción de un altar asirio por El rey Acaz en el templo de Jerusalén. Su predicación estaba dirigida a los habitantes de Judá pero también a los de Samaria. La principal acusación se refería a la idolatría, pero también arremetió contra la injusticia social que hacía de Jerusalén una ciudad "podrida", donde los dirigentes, impulsados por una codicia imparable, se comportaban casi como caníbales: «*Devoran la carne de mi pueblo*» (Mi 3 ,3). El castigo divino será la ruina y la desolación del país. La última palabra, sin embargo, es un anuncio de la salvación al final de los días (cf. Mi 7,8-20).

Después de algunas décadas, vino **Sofonías**, un judío de Jerusalén, perteneciente a la clase media. El profeta llevó a cabo su ministerio en Jerusalén, probablemente entre 630 y 600, tal vez hasta la caída de Jerusalén. Son los años que siguen al reinado de Manasés, que gobernó Judea del 687 al 642. Rey violento y sanguinario, vasallo de Asiria, en deferencia a los nuevos gobernantes introdujo prácticas paganas, el culto a las deidades asirias. Dejó un país en degradación social, moral y religiosa. Sofonías se encontró frente a este grave legado dejado

² Entre ellos el texto de referencia de esta sección, con el cual pero no coincidimos en este punto.

por Manasés. Denunció la injusticia, la corrupción de dignatarios y comerciantes, la avaricia de los jueces, el culto a las deidades astrales. En Jerusalén, marcada como ciudad rebelde y opresiva, anunció que estaba a punto de llegar el día del castigo, de la ira de Dios, el *dies irae* (cf. Sof 1,14-18).

A finales del siglo VII se pueden situar otros dos profetas. En primer lugar **Nahum**, nacido en el desconocido pueblo de Elkos. Se cree que llevó a cabo sus actividades en Jerusalén alrededor del año 612, probablemente en los años posteriores a la conquista y destrucción de Nínive, capital de Asiria, por el rey neobabilónico Nabopolasar en el año 612. El profeta se regocija por el fin de Nínive, similar al de Tebas. El centro de su mensaje es un canto fúnebre expresado con una elegía satírica por la caída de una ciudad, pesadilla y maldición para los judíos. El texto, además de describir el comportamiento sangriento de Nínive, se centra en el desastroso asedio de la ciudad con sus masacres, destrucción y lamentos.

En su mensaje Nahum manifiesta un odio implacable contra los asirios, una cerrazón hacia los pueblos paganos y un nacionalismo acentuado. Si por un lado el profeta quiere asegurar a sus oyentes que el peligro de los asirios ha cesado, por otro subraya el poder invencible de Dios no sólo sobre Nínive sino sobre todo opresor.

Un poco posterior a Nahum es **Habacuc**, cuya actividad debería situarse bajo el reinado de Joaquín, entre 607 y 598, antes de la toma de Jerusalén. El libro se presenta como un diálogo entre el profeta y Dios que tiene en el centro el problema del mal - violencia, opresión, derramamiento de sangre - ante el cual Dios parece ausente: no ve y guarda silencio. El Señor responde que intervendrá y salvará. Invita a los justos a perseverar, ya que vivirán por la fe, es decir, por la fidelidad a Dios.

Profetas del (inmediato pre) exilio

El período es relativamente corto: va desde los años que preceden a la conquista de Jerusalén y la primera deportación en 597 hasta algunas décadas después.

El primer profeta de esta era es **Jeremías**. Nació hacia el año 650 en una familia sacerdotal que vivía en Anatóth, un pueblo situado a 6 km al noreste de Jerusalén y a 5 km de la frontera con Samaria. Ejerció actividad profética durante unos cuarenta años, desde el día en que fue llamado por el Señor, en el año 626, hasta la destrucción del templo en el año 586; desapareció en Egipto, donde fue obligado a seguir al grupo de judíos que huyeron de Jerusalén por miedo a las represalias de los babilonios.

Vivió tiempos difíciles y trágicos para su país: luchas internas, cambio de alianzas, degradación moral y religiosa, destrucción de Jerusalén y fin del reino del sur.

Jeremías apoyó y tal vez inspiró la Reforma de Josías (622 a.C.).

Al contrario, se opuso al rey Joaquín (609-597) por su deshonestidad y lujo ostentoso, pero también por su política. El rey, de hecho, rompió vínculos con Babilonia y buscó el apoyo de Egipto.

Se trata de la intervención de Nabucodonosor, que conquistó Jerusalén y llevó a cabo la primera deportación en el año 597. El profeta ni siquiera compartió el comportamiento de su sucesor, Sedequías (597-586), un rey débil e inseguro que no supo afrontar las luchas internas. y se dejó influenciar por el grupo pro-egipcio. Las consecuencias fueron la destrucción de Jerusalén, una segunda deportación en 586 y el fin de la monarquía.

Jeremías estaba en contra de la oposición al gobierno babilónico, por ello se le consideraba colaborador del enemigo. En realidad, su elección no fue política sino teológica: para él Nabucodonosor era sólo un instrumento en la mano de Dios para llevar a cabo su plan.

En particular, Jeremías denunció con valentía la infidelidad del pueblo y de sus líderes, que provocó la idolatría, el abandono de los mandamientos del Señor y el recurso al apoyo de Egipto y Asiria: «*Mi pueblo*», dice el Señor, «*me ha abandonado a mí, fuente de agua viva, y se ha hecho cisternas, cisternas llenas de grietas que no pueden retener el agua*» (Jer 2,13). Se comportaron como una esposa infiel, una prostituta desvergonzada (cf. Jer 3,3.20). Severa, entonces, fue la acusación contra el culto formal: la confianza mágica en el templo se acompañaba con la injusticia en los tribunales, la falta de defensa del extranjero, el huérfano y la viuda, los asesinatos. Por su infidelidad, el pueblo fue comparado con un cinturón podrido (cf. Jer 13,3-11). Será destruido como se hace añicos un vaso (cf. Jer 13,12-14). Incomprendido y rechazado, el profeta fue primero encerrado en una prisión y luego arrojado a una cisterna. La última palabra de Jeremías es un anuncio de esperanza. Los exiliados, que partieron llorando, serán reconducidos entre las consolaciones (cf. Jer 31,9), porque, dice el Señor, «*con amor eterno os he amado*» (Jer 31,3). Con una fórmula de alianza, Dios asegura: «*Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios*» (Jer 30,22).

Parcialmente contemporánea de la predicación de Jeremías es la de **Ezequiel**. Hijo de Buzi, se cree que el profeta era, como su padre, sacerdote en Jerusalén, aunque no ejerciera en el templo. Hacia los veinticinco años fue elegido y enviado por el Señor como profeta entre los exiliados en Babilonia donde, según el libro que lleva su nombre, desarrolló su actividad del 593 al 571. Se dirigía a los deportados con visiones, parábolas y numerosas acciones simbólicas.

En la primera parte de sus intervenciones (cc. 1-24), encontramos duras palabras sobre la infidelidad y el pecado de las generaciones pasadas y recientes, a pesar del amor privilegiado de Dios: anuncia el inminente fin de Jerusalén y la segunda deportación del año 586.

Su finalidad es suscitar la conversión, alejar la ilusión de un regreso repentino a la patria y animar a todos a asumir sus responsabilidades en tierra extranjera.

Una vez llegada la noticia de la destrucción de Jerusalén, la predicación de Ezequiel (cc. 33-39) está marcada por la confianza garantizada por la intervención del Señor que primero purificará al pueblo, luego cambiará el corazón de los hombres con su espíritu; por lo tanto, hará renacer a la vida a los exiliados como de huesos secos y finalmente traerá a los deportados de regreso a Jerusalén, donde podrán participar en el nuevo templo y en un culto renovado (cc. 40-48).

En los años posteriores a la destrucción de Jerusalén, se escribió el libro de **Lamentaciones**. El autor no es Jeremías, como predice la versión griega del Antiguo Testamento (la llamada Septuaginta), sino uno o más autores anónimos. El texto está compuesto por cinco poemas o cantos fúnebres.

Su redacción duró algunas décadas: en los primeros años, tras la tragedia del 587, se redactaron algunos lamentos fúnebres que posteriormente fueron enriquecidos y perfeccionados. La recopilación del libro podría remontarse a los años 580-560.

La atención se centra en el asedio de Jerusalén, su caída y la trágica situación de los supervivientes, marcada por el dolor, las lágrimas, la miseria y el hambre. Los distintos poemas son un acto de solidaridad con los supervivientes, una toma de conciencia del pecado que provocó el castigo divino, pero también una sentida súplica:

«Acuérdate, Señor, de lo que nos ha sucedido, mira y considera nuestra humillación» (Lam 5,1). El texto hebreo tiene el título Êkâ, es decir, «*¿Cómo es posible?*». El adverbio regresa en los distintos capítulos. Es la invitación a hacer una pausa y preguntarnos sobre el misterio del dolor de una ciudad destruida, en lágrimas y entre lágrimas, pero también sobre todo sufrimiento y dolor.

Otra figura significativa, suponiendo un **II Isaías** (cc. 40-55) distinto de un tercero, es este profeta que en el tiempo del exilio se inspira al gran Isaías del VIII siglo.

Los temas esenciales son la restauración de Israel, el regreso de los deportados después del fin del exilio. Entre los contenidos principales destaca la predicación del monoteísmo: no hay otro Dios que YHWH, que no es sólo el Dios de Israel, sino que es el único Dios, luego sigue el tema del regreso de los exiliados presentado como un segundo éxodo: así como una vez liberó al pueblo de la esclavitud, Dios ahora los libera del cautiverio y las tinieblas. La iniciativa pertenece al Señor que precede a su pueblo y le cubre las espaldas: «*El Señor camina delante de vosotros, el Dios de Israel cierra vuestra caravana*» (Is 52,12). Además, cobran especial importancia los cuatro poemas o cánticos del siervo (cf. Is 42,1-9; 49,1-7; 50,4-9; 52,13-53,12), figura que, aunque indeterminado - puede ser un profeta, el pueblo, un personaje mesiánico - es un anuncio de un futuro de salvación.

Profetas posteriores al exilio

Es un período bastante extenso: desde finales del siglo VI hasta el siglo III o principios del II. Para algunos profetas se conoce el momento de su predicación, para otros las fechas son más inciertas. Habitualmente los destinatarios de la predicación profética son los habitantes de Jerusalén con una importante presencia de deportados que han regresado a su patria. Estamos en una ciudad que todavía está herida, como lo revelan sus escombros. El país ha perdido su independencia y se encuentra sin rey. No faltan tensiones entre los supervivientes y los exiliados que han regresado.

El templo en construcción o terminado no tiene el esplendor del salomónico y el culto experimentó una lenta recuperación. Posteriormente, pasada la era persa, con los sucesores de Alejandro Magno, Judea fue disputada entre los Lágidas y los Lécidas. Con el ascenso al trono de Antíoco IV Epífanés, los judíos fueron marginados y obstaculizados en su vida religiosa. En estos siglos los profetas, con modos y tonos diferentes, han querido fortalecer la fe de los creyentes, animarlos y, en particular, ayudarlos a redescubrir su identidad de pueblo elegido.

Un texto significativo, que puede remontarse a la segunda mitad del siglo VI, es el libro del **III Isaías**, que abarca los capítulos del 55 al 66.

El autor es un profeta (o varios) que, aunque heredero del pensamiento de Isaías, se dirige a todo a los exiliados con el objetivo de reavivar su esperanza y fortalecer su fe.

En las décadas posteriores al regreso a Jerusalén de algunos de los exiliados, algunos profetas hablaron. En el año 520 intervino **Hageo** y, según los datos cronológicos que aporta el libro, limitó su predicación a cuatro meses. Central es su invitación a retomar la construcción del nuevo templo, cuya construcción se convertirá en fuente de bendición y prosperidad para el país de parte de Dios. La acción material de reconstruir el templo debe expresar la voluntad de regresar a Dios.

Al mismo tiempo **Zacarías** estuvo presente en Jerusalén y cumplió su misión en los años 520-518. Además de alentar la construcción del templo, del que dependerá la salvación futura, con sus visiones el profeta anuncia un futuro de esperanza y renacimiento: con la investidura de Josué como sumo sacerdote será posible un culto renovado; en particular, Dios no sólo eliminará la maldad de Jerusalén, sino que también asegurará la reconstrucción de la ciudad santa.

Unos años más tarde, después del 515, llega la intervención de Malaquías, quizás un seudónimo, que probablemente escribió el texto entre el 480 y el 450. El profeta se dirige a la comunidad de Jerusalén, descorazonada y marcada por una vida religiosa en decadencia. A través de seis disputas entre Dios y el pueblo, el libro aborda problemas concretos y vitales: la

responsabilidad de los sacerdotes, la superación de un culto formal, el deber del diezmo, en particular el rechazo de los matrimonios mixtos y del divorcio. La intención del profeta es ayudar a sus interlocutores a redescubrir la identidad del pueblo elegido. Central es la afirmación de que Dios ama a su pueblo y es un Dios justo: un día los malvados serán castigados y para los que temen al Señor "saldrá el sol de justicia" (Mal 3,20). A través de las diversas disputas el texto propone un mensaje no secundario: ante los problemas es necesario cuestionarnos y buscar respuestas. Tanto en el canon judío como en la Biblia católica, Malaquías ocupa el último lugar en el Libro de los Doce Profetas.

Los últimos profetas, aunque es difícil establecer con certeza el período de su intervención, se sitúan en los años posteriores al exilio, entre los siglos V y II.

En primer lugar, **Abdías**, cuyo libro es el más corto del Antiguo Testamento, con un solo capítulo de 21 versículos. La intervención del profeta, aunque no todos estén de acuerdo, probablemente pueda situarse después del regreso de los exiliados, en tiempos de la primera misión de Nehemías (445-443). El texto, utilizado en la liturgia del templo, presenta ante todo un severo oráculo contra Edom, cuya historia durante siglos se caracterizó por incesantes conflictos con Israel. En la segunda parte Abdías hace un anuncio de salvación: Edom y toda nación enemiga de Israel enfrentarán el castigo divino pero Sión se convertirá en un lugar de salvación.

Joel lo sigue. Aunque para algunos se trata de un nombre ficticio, para la mayoría es considerado un personaje histórico: un judío que, familiarizado con el culto al templo, desarrolló su actividad en Jerusalén en el siglo V o posteriormente. En el libro se habla del exilio como si ya hubiera ocurrido y no se menciona los asirios y babilonios. El mensaje del profeta, caracterizado por un acentuado nacionalismo, se dirige a un pueblo que tiene detrás el exilio, para invitarle a reavivar su fe y a despertar su confianza en Dios. El tema dominante es el día del Señor. Por la infidelidad del pueblo habrá un día de condena y desgracia con la devastación del país provocada por la invasión de insectos. A la conversión seguirá el día de la salvación: junto con la fecundidad de la tierra se producirá la efusión del Espíritu divino que revitalizará al pueblo: todos, pequeños y grandes, hombres y mujeres, serán profetas (cf. Joel 3:1-2).

La ubicación histórica de **Jonás** es problemática. El autor del libro es un escriba que atribuye el texto a un personaje ficticio, Jonás, para darle un aspecto histórico. La redacción del libro podría remontarse al siglo IV o incluso al III.

Frente a la corriente nacionalista cerrada a los no judíos, expresada por Nehemías, el libro de Jonás presenta un Dios compasivo que ofrece perdón y salvación a las naciones paganas, representadas por los habitantes de Nínive. Es un cuento popular donde, después de Elías, Jonás y el primer profeta enviaron a dioses paganos a territorio extranjero.

Posteriormente podemos considerar el libro de **Daniel** que, además de difíciles problemas interpretativos, presenta serias dificultades en cuanto al autor y a la redacción. Fue compuesto por un autor que se cree anónimo. El borrador final del libro se remonta a la época de Antíoco IV Epífanes, con toda probabilidad en los años 167-166. Antíoco, rey arrogante y violento, con su política antirreligiosa impuso limitaciones al pueblo judío, provocando sufrimientos indescriptibles: persecuciones, restricciones a la libertad religiosa, prohibiciones de la circuncisión, sacrificios, sábado, vacaciones. Favorable a la cultura y la religión helénicas, el rey llegó incluso a colocar en el templo un altar dedicado al culto de Júpiter Olímpico. El texto de Daniel está dirigido a los judíos perseguidos, humillados y desesperados del siglo II. Durante la persecución de Antíoco IV, un editor, apoyado por un grupo Aside, recopiló material preexistente, conectó los capítulos, añadió referencias a la historia del exilio y al papel de los seléucidas y propuso nuevas adiciones.

Además de una relectura de la historia, desde Nabucodonosor hasta Antíoco IV Epífanes, el libro, a través de relatos edificantes, visiones, narraciones ejemplares, como la fidelidad de los tres compañeros de Daniel y la historia de Susana, pretende alentar la fe y la esperanza de los judíos. En su mensaje el texto subraya el señorío del Señor, nos recuerda que la sabiduría superior viene de lo alto y nos invita a no adherirnos a divinidades paganas. Con su acentuada visión apocalíptica Daniel nos insta a esperar: después de un pasado negativo surgirá un futuro positivo, porque los reinos humanos, privados de sus poderes, darán paso al reino de Dios.

Probablemente el último libro de los profetas sea el de **Baruc**. El autor no es el fiel secretario de Jeremías, sino un escriba desconocido. El texto, que nos ha llegado en griego, está ausente en la Biblia hebrea mientras aparece en la Setenta. Se cree que el libro fue escrito a finales del siglo II o en la primera mitad del siglo I. Se trata de un texto fragmentario que reúne piezas diferentes en contenido y estilo, donde no faltan numerosos anacronismos e imprecisiones históricas.

En efecto, los destinatarios del libro son la comunidad de Jerusalén y la de la diáspora que se está extendiendo en este período. Baruc invita a estos últimos a permanecer unidos a la comunidad madre a través de ofrendas y oraciones. Insta a todos a escuchar la palabra de Dios, recordar que la destrucción de Jerusalén y el exilio fueron consecuencia de la infidelidad de los padres. Subraya la necesidad de una liturgia penitencial para pedir el perdón de los pecados.

Libros y autores proféticos

En la Biblia, a cada profeta se le da el libro que lleva su nombre. Muchas veces el profeta es una figura histórica que ejerció su actividad en un tiempo y contexto limitados. A veces se trata de un nombre ficticio: la redacción del libro es obra de un escriba inspirado que sitúa el texto bajo un nombre más conocido. Este es el caso de Baruc, Daniel, Jonás, quizás incluso Joel y Malaquías. Anónimo es también el autor del libro de Lamentaciones que la Septuaginta atribuye incorrectamente a Jeremías. La práctica, frecuente en la antigüedad, de atribuir un texto a un seudónimo no es una falsificación sino un recurso literario: el autor simplemente pretende dar autoridad a su libro atribuyéndolo a una persona conocida y famosa.

Un caso particular es el de Jeremías que dictó al fiel secretario Baruc “todas las cosas que el Señor había dicho a éste” (Jer 36,4), es decir, al profeta. La secretaria simplemente escribía al dictado. El autor del texto, sin embargo, es Jeremías.

Debió ser un pergamino bastante breve y conciso si se leyó tres veces en un día. Este rollo de Jeremías no se conoce. Sólo conocemos el actual libro de Jeremías, muy amplio en su desarrollo y contenidos, fruto de una extensa actividad editorial. Aunque es posible que otros profetas hayan dejado escritos limitados de algunas de sus intervenciones, el texto final que ha llegado hasta nosotros no fue escrito por el profeta.

La recopilación de cada libro profético tiene su propia historia editorial. Incluso con una aproximación, se puede trazar un camino de formación de los distintos libros con un proceso sustancialmente similar, marcado por etapas fundamentales. El punto de partida del libro es evidentemente la predicación del profeta, que a menudo dura muchos años. El profeta expresa su pensamiento con multiplicidad y variedad de intervenciones, sin la preocupación de ofrecer un marco orgánico y sistemático.

La primera etapa editorial es a menudo obra de los discípulos del profeta. Recogieron y reunieron en un oráculo escrito pensamientos, dichos, episodios, imágenes transmitidas oralmente por el profeta y expresadas en diferentes momentos. Al seleccionar las numerosas

intervenciones del profeta para componerlas en un orden unitario en torno a algunos temas, hicieron una adaptación y una primera interpretación de la predicación profética.

La etapa editorial posterior, que duró muchas décadas y a veces siglos, trajo notables incorporaciones. El primer texto, recopilado por los discípulos y difundido en las comunidades judías de Jerusalén y en el exilio, fue acogido y leído en grupos sacerdotales y en círculos de escribas, durante el exilio y el post-exilio. Editores sabios e inspirados, provenientes de la tradición sacerdotal o deuteronomista, han revisado progresivamente los textos en su poder, haciendo ajustes, añadidos, adaptaciones, hasta la composición definitiva, cuyo borrador final, para la mayoría de los textos, puede colocarse en los siglos V y IV. Posteriormente estos libros sufrirán algunos retoques, en su mayoría marginales.

Los editores realizaron un trabajo paciente e iluminado: se dejaron guiar por el pensamiento del profeta, releído y adaptado, ordenaron el libro por unidades, moviendo capítulos, episodios, oráculos, para ofrecer mayor organicidad al texto. Al agregar glosas, pequeñas unidades e insertar tradiciones orales, adaptaron las enseñanzas del profeta a nuevos contextos y eventos.

A veces también crearon vínculos editoriales y de contenido entre algunos libros proféticos. Los editores eran escribas guiados por un verdadero espíritu profético: no eran simples editores, sino autores. Con su aporte enriquecieron el mensaje original del profeta ofreciendo mayores perspectivas teológicas, gracias a ellos nos entregaron en la edición final los libros proféticos que forman parte del canon de la Biblia.

Hasta los años 1960 y 1970, la exégesis actual creía poder reconstruir adecuadamente la figura histórica del profeta y su mensaje. Por tanto, la atención se dirigió a la personalidad del profeta, a su contexto histórico, a su predicación, hasta buscar las palabras exactas, la ipsissima verba del profeta. A partir de los años 1970, algunos exegetas creyeron que había que poner en primer lugar no al profeta sino al texto, considerándolo el producto final de los editores que seleccionaron, interpretaron, enriquecieron y, en parte, reformularon el pensamiento original del profeta. Sin embargo, al hacerlo se corría el riesgo de considerar el libro independientemente de su profeta. Ya anteriormente, gracias a la influencia de la escuela histórico-crítica, numerosos exegetas han examinado la formación de cada texto bíblico, tratando de resaltar el pensamiento original de la predicación del profeta y los posteriores añadidos editoriales. Se trata de preciosas aportaciones que ayudan a comprender la evolución en la interpretación de la palabra de Dios, a identificar matices y sensibilidades teológicas posteriores, a favorecer una mejor comprensión del significado del libro.

Los libros proféticos son textos inspirados en su redacción final. Una interpretación correcta del mensaje teológico de cada libro presupone una lectura completa del texto. Es necesario tener presente la predicación original del profeta y su contexto histórico, así como los añadidos editoriales posteriores.

Profecía más allá de los profetas

El papel de los profetas fue fundamental para ayudar al pueblo a volver a Dios, a redescubrir la alianza, a revivir su identidad religiosa. La actividad profética está vinculada a personas de gran perfil espiritual, elegidas por el Señor en diferentes épocas. Al mismo tiempo, junto a los profetas oficiales hay otros, anónimos, entre el pueblo. En las etapas del desierto nos encontramos con los setenta ancianos que, elegidos por Moisés, comenzaron a profetizar después de que el espíritu hubiera venido sobre ellos (cf. Nm 11,24-25).

En la época de los jueces y en los siglos siguientes hablamos de diversos grupos de profetas indeterminados que recorren el país, se detienen en un santuario o siguen a una figura carismática como discípulos. Son grupos formados por personas que, con su propia sensibilidad espiritual, provienen del pueblo. En el libro de Joel, Dios promete que derramará su espíritu "sobre todo hombre, y vuestros hijos y vuestras hijas serán profetas; vuestros ancianos soñarán sueños, vuestros jóvenes verán visiones" (Joel 3:1). La expresión y anticipación de esta profecía extendida son algunas experiencias significativas.

En los años del exilio y posteriormente, hay que destacar la extraordinaria labor editorial llevada a cabo por calificados miembros del pueblo elegido y por talentosos escribas que recogieron, relejeron y ordenaron las ricas tradiciones de la historia de Israel y compilaron los libros de los profetas y otros textos sagrados, que luego pasaron a formar parte del canon de la Biblia. Estos editores formaban parte de diferentes círculos con diferentes sensibilidades religiosas: algunos más vinculados a la tradición sacerdotal, otros a la deuteronomista. Los editores, compartiendo el carisma profético, han retomado, ordenado y actualizado la predicación de los profetas y nos han entregado los textos casi definitivos de los libros proféticos que conocemos.

Con el paso de los años, las figuras carismáticas de los videntes reconocidos como nebi'im desaparecieron. Su voz, sin embargo, permaneció viva gracias a los textos proféticos revisados y actualizados por los editores y utilizados progresivamente en las reuniones de las sinagogas.

La profecía oral fue así reemplazada por la profecía escrita, entregada en los libros que llevan el nombre de los profetas.

Traducción griega

En la época helenística, del 333 al 63 a.C., la lengua griega también se impuso, junto con la cultura, en Oriente Medio y en los países mediterráneos. Después de la comunidad judía de exiliados en Babilonia, surgieron muchas otras comunidades de la diáspora en Egipto y otros países occidentales. Los miembros de las comunidades de la diáspora, que ya no estaban familiarizados con el hebreo, utilizaron cada vez más el idioma griego. Así se sintió la necesidad de contar con un texto bíblico en griego, especialmente para el culto en las sinagogas, lo que encontró respuesta en la versión Setenta (LXX), creada en Alejandría, Egipto. Fue una obra que requirió la intervención de diferentes escribas y que duró unos ciento cincuenta años: se inició en el siglo III con la versión del Pentateuco, continuó con los demás libros y concluyó a finales del siglo II.

La versión de la LXX se hizo sobre textos judíos anteriores a la masorética: no faltan divergencias, incluso significativas, entre las dos versiones. Respecto al Texto Masorético, en la Septuaginta hay supresiones de párrafos, desplazamientos de capítulos y una traducción que en ocasiones se distancia del hebreo.

Los escribas, sostenidos por un espíritu profético, no sólo fueron traductores sino también intérpretes.

Además de los libros canónicos de la Biblia hebrea, sólo en la LXX encontramos los libros de la Sabiduría, Eclesiástico, Judit, Tobit, Baruc, Carta a Jeremías, 1-2 Macabeos.

Es necesario subrayar que para los cristianos tanto los del Texto Masorético como los de la LXX son libros inspirados.

Pluralidad de movimientos religiosos

Especialmente con el exilio e inmediatamente después, surgieron entre el pueblo judío diversos movimientos, escuelas y grupos religiosos, animados por escribas o dirigidos por personas carismáticas. Además de los círculos de los editores, podemos mencionar el movimiento de los **esenios** (presenciado en particular por la comunidad de Qumran), la familia de los **recabitas**, la secta de los **asides**, el grupo de los **macabeos**, el partido de los **saduceos** y el de los **fariseos**. Posteriormente surgieron las escuelas rabínicas, las *yeshivot*, cuyos maestros fueron los autores de la Mishná y la Tosefta.

Los distintos grupos, formados por judíos creyentes, tenían objetivos diferentes: algunos se consideraban guardianes e intérpretes de la tradición religiosa, otros "guardianes" de la Torá, otros animados por un espíritu reformador.

Sus visiones teológicas, comportamientos y vida espiritual eran diferentes.

Se trataba de elecciones que no sólo eran diferentes sino que a menudo entraban en conflicto y contrastaban entre las agregaciones. Los distintos grupos expresaron a su manera su propia sensibilidad profética. Con sus interpretaciones plurales de la tradición contribuyeron a mantener viva, aunque sea con elecciones parciales y cuestionables, la memoria de los valores pasados y a suscitar interrogantes, investigaciones y relecturas de los textos escriturales en las comunidades judías.

Tras las huellas de los profetas

Generalmente es difícil leer a los profetas y comprender sus palabras. Las razones pueden ser múltiples. A veces los profetas son percibidos como lejanos de nosotros, de nuestro tiempo, como maestros de un pasado lejano. Otras veces nos quedamos perplejos y confundidos ante el insistente llamado al castigo divino o ante palabras consideradas particularmente duras e intransigentes. Su lenguaje, las imágenes y símbolos que utilizan, además de ser difíciles de entender, parecen ajenos a nuestra sensibilidad y mentalidad.

De hecho, para muchos el conocimiento de los profetas es principalmente episódico: el recuerdo se detiene en pasajes atractivos y en otros episodios limitados.

La palabra de los profetas es palabra de Dios que no tiene límites geográficos ni temporales.

Cuestiona y purifica, derriba certezas y sacude del sueño: «*No es mi palabra como fuego, oráculo del Señor y como martillo que parte la roca?*» (Jeremías 23:29).

Es una palabra beneficiosa y regeneradora: «*Así como la lluvia y la nieve bajan del cielo y no vuelven sin haber regado la tierra, sin hacerla fructificar y hacer brotar, así será la palabra que sale de mi boca*» (Es 55,10-11).

Para acoger la palabra de Dios revelada a través de los profetas, en su amplitud y riqueza, es necesario ir más allá de una elección antológica de algunos pasajes y dar espacio a una lectura completa de los textos. Con sorpresa se descubrirá así la actualidad y fecundidad del mensaje de los profetas, valientes e incansables en su predicación; muchas veces incomprendido y rechazado. Por tanto, sigue siendo válida la invitación de la segunda carta de Pedro: «*La palabra de los profetas, a la que hacéis bien en prestar atención, es como una lámpara que brilla en un lugar oscuro*» (2 Pd 1,19).

CRONOLOGÍA DE LOS PROFETAS BÍBLICOS

	AÑOS	ERA	DURACIÓN	GUÍAS, REYES, GOBERNADORES	PADRES E PROFETAS																																																																																				
	± 1200-1030 a.C.	Sociedad tribal	± 170	Jueces	Samuel (± 1070-980 a.C.)																																																																																				
Era monárquica	1030-722 a.C. 1010-587 a.C.	Monarquía en Israel Monarquía en Judá	± 308 ± 423	Saúl (± 1030-1010 a.C.) David (± 1010-970 a.C.) Salomón (970-931 a.C.)	Gad e Natán (± 1000 a.C.)																																																																																				
				<table border="0"> <tr> <td>Roboam</td> <td>931-913</td> <td>Jeroboam I</td> <td>931-910</td> </tr> <tr> <td>Abiam</td> <td>913-911</td> <td></td> <td></td> </tr> <tr> <td>Azá</td> <td>911-870</td> <td>Nadab</td> <td>910-909</td> </tr> <tr> <td></td> <td></td> <td>Basá</td> <td>909-886</td> </tr> <tr> <td></td> <td></td> <td>Ela</td> <td>886-885</td> </tr> <tr> <td></td> <td></td> <td>Zimri</td> <td>885-885</td> </tr> <tr> <td></td> <td></td> <td>Omri</td> <td>885-874</td> </tr> <tr> <td></td> <td></td> <td>Ajab</td> <td>874-853</td> </tr> <tr> <td>Josafat</td> <td>870-848</td> <td>Ocozías</td> <td>853-852</td> </tr> <tr> <td>Yoram</td> <td>848-841</td> <td>Yoram</td> <td>852-841</td> </tr> <tr> <td>Ocazías</td> <td>841-841</td> <td>Iehú</td> <td>841-814</td> </tr> <tr> <td>Atalía</td> <td>841-835</td> <td></td> <td></td> </tr> <tr> <td>Yoás</td> <td>835-796</td> <td>Yoajaz</td> <td>814-798</td> </tr> <tr> <td>Amasías</td> <td>796-781</td> <td>Ioas</td> <td>798-783</td> </tr> <tr> <td>Azarías</td> <td>781-740</td> <td>Jeroboam II</td> <td>783-743</td> </tr> <tr> <td>Yotam</td> <td>740-736</td> <td>Zacarías</td> <td>743-743</td> </tr> <tr> <td></td> <td></td> <td>Salum</td> <td>743-743</td> </tr> <tr> <td></td> <td></td> <td>Menajem</td> <td>743-738</td> </tr> <tr> <td></td> <td></td> <td>Pecajía</td> <td>738-737</td> </tr> <tr> <td>Ajaz</td> <td>736-716</td> <td>Pecaj</td> <td>737-732</td> </tr> <tr> <td></td> <td></td> <td>Oseas</td> <td>732-722</td> </tr> </table>	Roboam	931-913	Jeroboam I	931-910	Abiam	913-911			Azá	911-870	Nadab	910-909			Basá	909-886			Ela	886-885			Zimri	885-885			Omri	885-874			Ajab	874-853	Josafat	870-848	Ocozías	853-852	Yoram	848-841	Yoram	852-841	Ocazías	841-841	Iehú	841-814	Atalía	841-835			Yoás	835-796	Yoajaz	814-798	Amasías	796-781	Ioas	798-783	Azarías	781-740	Jeroboam II	783-743	Yotam	740-736	Zacarías	743-743			Salum	743-743			Menajem	743-738			Pecajía	738-737	Ajaz	736-716	Pecaj	737-732			Oseas	732-722	Elías ed Eliseo (± 875 a.C.) Amós (± 770-750 C.) Oseas (± 750-725 a.C.) I Isaías (± 740-700 a.C.) Miqueas (± 740-700 a.C.)
	Roboam	931-913	Jeroboam I	931-910																																																																																					
Abiam	913-911																																																																																								
Azá	911-870	Nadab	910-909																																																																																						
		Basá	909-886																																																																																						
		Ela	886-885																																																																																						
		Zimri	885-885																																																																																						
		Omri	885-874																																																																																						
		Ajab	874-853																																																																																						
Josafat	870-848	Ocozías	853-852																																																																																						
Yoram	848-841	Yoram	852-841																																																																																						
Ocazías	841-841	Iehú	841-814																																																																																						
Atalía	841-835																																																																																								
Yoás	835-796	Yoajaz	814-798																																																																																						
Amasías	796-781	Ioas	798-783																																																																																						
Azarías	781-740	Jeroboam II	783-743																																																																																						
Yotam	740-736	Zacarías	743-743																																																																																						
		Salum	743-743																																																																																						
		Menajem	743-738																																																																																						
		Pecajía	738-737																																																																																						
Ajaz	736-716	Pecaj	737-732																																																																																						
		Oseas	732-722																																																																																						
				<table border="0"> <tr> <td>Ezequías</td> <td>716-687</td> <td rowspan="7" style="background-color: #ffffcc;">Caída de Samaria (721 a.C.) y Exilio en Asur (Ninive)</td> <td></td> </tr> <tr> <td>Manasés</td> <td>687-642</td> <td></td> </tr> <tr> <td>Amón</td> <td>642-640</td> <td></td> </tr> <tr> <td>Josías</td> <td>640-609</td> <td></td> </tr> <tr> <td>Yoacaz</td> <td>609-609</td> <td></td> </tr> <tr> <td>Joaquín</td> <td>609-598</td> <td></td> </tr> <tr> <td>Joaquín</td> <td>598-597</td> <td></td> </tr> <tr> <td>Sedecías</td> <td>597-587</td> <td></td> </tr> </table>	Ezequías	716-687	Caída de Samaria (721 a.C.) y Exilio en Asur (Ninive)		Manasés	687-642		Amón	642-640		Josías	640-609		Yoacaz	609-609		Joaquín	609-598		Joaquín	598-597		Sedecías	597-587		Sofonías (± 630-600 a.C.) Jeremías (± 626-587 a.C.) Nahúm (± 612 a.C.) Habacuc (± 607-598 a.C.)																																																											
Ezequías	716-687	Caída de Samaria (721 a.C.) y Exilio en Asur (Ninive)																																																																																							
Manasés	687-642																																																																																								
Amón	642-640																																																																																								
Josías	640-609																																																																																								
Yoacaz	609-609																																																																																								
Joaquín	609-598																																																																																								
Joaquín	598-597																																																																																								
Sedecías	597-587																																																																																								
			<table border="0"> <tr> <td colspan="2">Caída de Jerusalén (587 a.C.) y Exilio en Babilonia</td> </tr> </table>	Caída de Jerusalén (587 a.C.) y Exilio en Babilonia																																																																																					
Caída de Jerusalén (587 a.C.) y Exilio en Babilonia																																																																																									
Exilio	587-538 a.C.	Exilio en Babilonia	49	Godolías gobernador (587 a.C.)	II Isaías (± 550ss a.C.) Ezequiel (± 593-570 a.C.) Lamentaciones (± 580-560 a.C.)																																																																																				
Era persa	539-333 a.C. 538 a.C.	Dominación persa Edicto de Ciro el Grande	206	Zorobabel y Josué (521 a.C.?) Nehemías (445 a.C.) Esdras (398 a.C.)	III Isaías (± del 538ss a.C.) Ageo (520 a.C.) Zacarías (520-518 a.C.) Malaquías (± 480-450 a.C.) Abdías (± 445-443 a.C.?) Joel (± V sec. a.C. o ss.) Jonás (± IV-III sec.a.C.) Daniel (± 167-166 a.C.?) Baruc (± II-I sec.a.C.)																																																																																				
Helenismo	332-323 a.C.	Dominación griega	9	Alejandro el Grande																																																																																					
	323-301 a.C.		22	Guerras entre los Diadochi																																																																																					
	301-198 a.C.	Dominación ptolemaica	103	Ptolomeo I de Egipto y su dinastía																																																																																					
	198-129 a.C.	Dominación seléucida	69	Antíoco III de Siria (198 a.C.) Antíoco IV Epifanes (175 a.C.)																																																																																					